

EL ACOSO A SUAREZ

A DOLFO Suárez denunció el sábado pasado, en la reunión del Comité Ejecutivo de UCD, la existencia de una campaña de triple efecto: contra las instituciones democráticas, contra UCD y —personal— contra el presidente del Gobierno y de UCD. Es una realidad. Quizá la palabra "campaña", en su acepción política, que implica una cierta legalidad de medios —campaña electoral, campaña de prensa, etcétera—, y hasta una regulación de actividades de la oposición, sea bastante débil para describir el acoso, la ofensiva por todos los medios, que está sufriendo el presidente Suárez. Puede recordar, en algunos momentos, situaciones o asaltos parecidos de un par de épocas históricas: España en la época de la República, de 1931 a 1936; Chile en la época de Allende, de 1970 a 1973. Lo cual no quiere decir que el final vaya a ser el mismo. Entre otras cosas, porque la situación no es enteramente la misma: no son los partidos de izquierda los que dirigen a España, ni el régimen y las personas que lo encarnan en España suscitan la reacción adversa del contexto internacional en el que viven como la suscitaban el Frente Popular español o la Unidad Nacional de Chile. Las identidades pueden encontrarse en los métodos, incluso en las anécdotas, de la desestabilización, en la presión sobre los límites legales que amparan las instituciones, en el descontento de la democracia por parte de quienes producen el acoso. Y en la incapacidad de respuesta del poder. La República española y el régimen de Allende tuvieron una especie de creencia sobrenatural en la fuerza de la legalidad; los republicanos españoles la siguieron esgrimiendo decenios después de su caída y todavía tienen como unos restos de fe. Adolfo Suárez ha ido mucho más allá en esta especie de ingenuismo político que se trasluce bajo un disfraz de astuto, de listo, de político habilísimo. Ha nutrido a sus enemigos, ha pactado con ellos, ha tratado de convencerles de que no encontrarían mejor valedor para sus propios intereses; les ha dado pruebas de amistad, de identidad de objetivos. No fue nunca capaz de calcular su voracidad. Ahora le ahogan.

N I siquiera el comunicado de UCD se atreve a pronunciar el nombre de estos enemigos, para no definirse como enemigo de ellos. Habla de la existencia de una campaña: vagamente, sin nombres, sin filiaciones. Es, en cambio, generoso en su dureza cuando designa su enemistad por la izquierda en la cuestión municipal, que curiosamente forma parte de esta misma crispación que pone en causa la democracia, y hace suyas las posiciones derechistas no democráticas que están paralizándolo el Ayuntamiento de Madrid: "Se hará valer en todo caso el voto de nuestros concejales en todas aquellas cuestiones que exijan 'quórums' calificados": sin entrar a considerar si estas cuestiones son de interés público o no, justas o injustas, los ejecutivos de UCD aceptan el sistema no democrático de la paralización de las actividades municipales. Un triunfo de la punta de lanza que la derecha tiene clavado en el costado de esta UCD, en este caso por la vía de José Luis Álvarez. Claramente, se trata de la continuación de la misma política que ha llevado a Adolfo Suárez a esta situación de acoso que trata de denunciar tíbilmente: seguir mostrando a la gran derecha que

se equivoca de enemigo, que está luchando contra los mismos con los que luchan ellos, pero por sus propias vías. Y que la campaña que le puede desestabilizar a él podría desestabilizar todo este gran tinglado.

P ODRÍA tener otra política? Difícilmente. Está condenado a ella, aunque sea una condena a muerte. Tiene que ir ya de concesión en concesión, de entrega en entrega; cuantas más haga, más fuertes serán sus enemigos, mayor su voracidad.

L O que quieren es sencillamente su cargo. Por la vía que sea. Si alguna vez lo consiguen, aludiendo incluso a una excepcionalidad de situación que ellos mismos no dejan de provocar —España, 1931-36; Chile, 1970-73—, aprenderá Adolfo Suárez cómo, sin necesidad de llegar al pinchetismo ni al escándalo internacional, saben quitar fuerza y calidad a sus verdaderos enemigos, y saben perfectamente discernir quiénes son y cuáles son. De otras ocasiones tienen recuerdo hoy derechistas como Gil-Robles o como Eduardo Frei.

E N cuanto a la posibilidad de un "renversement des alliances", no parece tampoco que fuese Suárez el hombre de UCD capaz de llevarla a cabo, y quizá también daría escaso resultado a estas alturas. El famoso Gobierno de coalición con el PSOE ha ido perdiendo validez y eficacia a medida que se ha retrasado. Quizá hoy no consiguiera más que atrapar al PSOE en el engranaje de la degeneración del poder. El mismo intento de renovación de UCD, que, según parece, fue el tema esencial del debate parece que llega tardíamente. Se trataría de democratizarlo por dentro: de que las reuniones de la Ejecutiva se hicieran periódicamente frecuentes, de que el Consejo político celebre también reuniones: temas en los que estaban de acuerdo las alas izquierda y derecha de UCD. Quizá



el acoso a Suárez —teóricamente respaldado frente a la campaña por toda la Ejecutiva— se ponga más de manifiesto, dentro del partido, si se llega a esta democratización interna. Que tampoco parece tener otra salida.

EN todo ello, en toda esta crisis del partido gobernante y en el ataque que experimenta, hay algo profundamente grave: que el partido, Gobierno y presidente se identifiquen de esta manera a algo que forzosamente ha de estar por encima de ellos, y que son las instituciones democráticas. Cuando Adolfo Suárez establece esta identificación, debería inmediatamente anunciar un comportamiento de defensa contra las instituciones. Si hay una campaña contra él o contra su partido, allá ellos con su posibilidad de pactos o de componendas: si hay una campaña contra las instituciones democráticas, la identificación debe cesar claramente y se han de tomar medidas contra ella, a partir de las denuncias concretas de nombres o entidades envueltos en esa campaña que lo es contra la legalidad y contra la comunidad. El presidente y su partido de Gobierno —partido para el Gobierno— no han cesado, durante todo los años de su poder, de mantener este equívoco, y hasta de forzar la situación para parecer cada vez más los únicos sostenedores de la democracia. Si la autocracia sostiene muy bien la expresión "el Estado soy yo", es, en cambio, incongruente decir "la democracia son yo": nadie que lo entienda así o que lleve la democracia a esa personalización puede, realmente, estar al frente de una democracia.

HAY algo de inmoral en toda esta situación por la cual los verdaderos demócratas se ven obligados a la defensa de la persona política y de la creación centrista del presidente Suárez para defender, en realidad, las instituciones. Hay mucho de presión moral, incluso en las frases traslucidas de la reunión de UCD sobre el valor triple de la campaña. Requieren, por lo menos, que se exija de Suárez y de UCD que combatan inmediatamente esa campaña; que se dediquen, sobre todo, a salvar las instituciones. Que se salven ellos o no como gobernantes no deja de ser más que un asunto puramente secundario.

Lo grave de la crisis interna de UCD es su pretendida identificación con la crisis de las instituciones democráticas. En la foto, reunión del Comité Ejecutivo del partido para el Gobierno.



SEXO Y VIOLENCIA

EL pornógrafo está contento. La Administración pública —el Gobierno—, en el uso de su capacidad clasificadora, de su división del mundo en un cierto orden, emite un proyecto de Ley por el que se le protege: las Salas X, que proyectarán sus películas, serán minoritarias y semiclandestinas. Serán más caras, no podrán hacer publicidad. La pornografía, como se sabe, es un arte secreto, misterioso, como la feliz X con que se va a clasificar. En cuanto es pública pierde su interés. Recogido en su caldea salita pequeña y cálida —calor humano—, el Pornógrafo será más feliz pensando que su dinero —las X van a ser más caras, con una fiscalidad que servirá para proteger otras proyecciones— sirve para fomentar el cine familiar. Reirá feliz, contemplando el revoltijo corporal, mientras piensa que a esas mismas horas los padres de familia estarán con sus hijitos viendo una insulsa película de las llamadas familiares. Porque el cine familiar, como el teatro infantil, está hecho pensando que los niños y los jóvenes son tontos. Quizá con la intención secreta de que no dejen de serlo. Como será que hay que dar dinero y facilidades, prohibir el acceso a las salas normales, para que alguien vaya a verlo.

Lo más interesante de esta división del mundo, de esta clasificación, es la unidad, destinada a las Salas X, de las películas dedicadas fundamentalmente "al sexo y a la violencia". Piensa uno cómo habrá sido o cómo será —si lo es aún— la vida sexual del legislador para equiparar el sexo a la violencia; o qué placer sentirá cuando ejerce la violencia que le hace capaz de identificarla con el sexo. "Sexo y violencia" es una continua imprecación de la derecha, que parece significar que sus periodos de gobierno están presididos por la castidad y la dulzura, como en el jardín de monasterio (tibetano). Es curioso que nuestra Administración la asuma con esa facilidad. Un dato más.

La clasificación parece que va a dividir en cuatro el mundo del espectador de cine. Por una parte, las salas normales o comerciales, donde el sexo y la violencia aparecen, pero poquito, y sin duda por necesidades del guión. Por otro, las de arte y ensayo, para jóvenes intelectuales despectivos. El pornógrafo tendrá su asiento en las pequeñas y ocultas salas X.

Y los padres de familia podrán ir acompañados de sus esposas y de sus hijos a ver un cine constructivo. Sin violencia ninguna, como en las películas de Tom y Jerry o de Popeye. O sin sexo, como "La bella durmiente del bosque". Y el legislador dormirá, desde entonces, tranquilo, considerando que ha hecho un reparto justo y equitativo del mal y del bien de este mundo. El que se quiera perder, que se pierda. Pero, eso sí, que le cueste un poco más de dinero. Los pobres, al menos, se salvarán. ■